

La sonrisa de Hans ·capítulo 1·

Aquella mañana Hans abrió los ojos sin que nadie le llamase, sin que ningún despertador sonara. Después de vestirse y coger la mochila salió de su casa por la puerta trasera y tras pasar por el enorme y seco árbol donde tantas veces jugaba se deslizó calle abajo en dirección al colegio aunque aquella vez sólo él sabía que no iría a clase. El suyo era un viaje prohibido y su destino...

Tenía un tío y de él poco sabía y nada bueno. Que si era un loco, decía su padre, un talento desaprovechado, insistía. Un tío raro. Cuando Hans era muy pequeño reía al verle andar por casa con un zapato de cada color y continuaba riendo al verle tomar el café con una pajita.

- ¡Esto oxigena mi cerebro, sobrino!

Tomaba el café con pajita, se montaba en la bicicleta y hacía sonar la bocina. La bocina sonaba y su padre refunfuñaba. Lo uno llevaba a lo otro, hasta que un día, como era inevitable, hubo una discusión. Entre su padre y su tío, claro. Y Hans contempló desde la ventana de su cuarto cómo su tío abandonaba de manera airada la casa que era donde entonces residía.

Durante los años que siguieron nunca le explicaron qué había pasado y un único mensaje fue repetido a Hans hasta la saciedad:

- Nunca, nunca, nunca vayas a ver a tu tío.

Y todo comenzó un martes. Sus padres estaban trabajando y Hans no había ido al colegio porque no se encontraba bien, tenía un poco de fiebre. Como era un día diferente, se propuso hacer cosas diferentes y así cogió las llaves que había en la cocina y fue hacia el buzón para inspeccionar el correo recibido. Todo eran sobres que nada decían a Hans pero entre todos ellos encontró uno especial, uno inesperado que hizo que sus ojos se abrieran con atención. Era una carta dirigida a su tío. Ya casi no le recordaba y, sin embargo, una profunda simpatía se despertó en él al leer su nombre. Dejó todo el correo encima de la mesa de la cocina salvo aquella carta que guardó en una caja sin decírselo a nadie y sin saber muy bien qué hacer. Durante semanas pensó y pensó en aquella carta, en qué hacer con ella y finalmente tomó una decisión: él entregaría aquella carta, él iría a ver a su tío.

La carta, como si de un tesoro se tratase, se encontraba ahora en su mochila y Hans imaginó que le gustaría ser un cartero de buenas noticias, ir de buzón en buzón llenándolos de alegría.

Es aquí donde comienza el viaje prohibido de nuestro héroe cuando Hans ya se encontraba muy lejos de su casa, muy lejos también del colegio, a falta tan solo de doblar una última esquina para llegar a la dirección que la carta indicaba: Doctor Joseph Blumenkohl. Avenida Castorp, 1035.

